

#10,00

**Donación de
FLACSO - Sede Ecuador**

ÍCONOS

Revista de FLACSO-Ecuador
No 17, septiembre, 2003
ISSN 13901249

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de **ÍCONOS**

Director de Flacso-Ecuador
Fernando Carrión

Consejo editorial

Felipe Burbano de Lara (Editor)
Edison Hurtado (Co-editor)
Franklin Ramírez
Alicia Torres
Mauro Cerbino
Eduardo Kingman

FLACSO - Biblioteca

Producción

FLACSO-Ecuador

Diseño

Antonio Mena

Ilustraciones

Gonzalo Vargas
Ana Lucía Garcés
Antonio Mena

Impresión:

Rispergraf

FLACSO-Ecuador
Ulpiano Páez N 19-26 y Av. Patria
Teléfonos: 2232-029/ 030 /031
Fax: 2566-139

E-mail: furbano@flacso.org.ec
ehurtado@flacso.org.ec

Índice

Coyuntura

6

Reflexiones sobre un ataque huao

Miguel Ángel Cabodevilla

15

El asalto huao desde la prensa

Milagros Aguirre

21

Sistema mundial y pueblos indígenas en la Amazonía.

A propósito del ataque a los tagaeri.

Alex Rivas Toledo

31

Muerte en la zona Tagaeri-Taromenane: justicia occidental o tradicional

Gina Chávez Vallejo

Dossier

38

Imperio, poder global y multitud

Introducción al dossier

40

Gobierno global, poder imperial. A propósito de Imperio

Pablo Ospina Peralta

51

Imperio, guerra asimétrica y caos global. La guerra USA-Irak

Entrevista a Alain Joxe

58

¿Emergencia de una multitud constituyente?

Resonancias de las jornadas de diciembre de 2001 en Argentina

Aída Quintar y Perla Zusman

66

Imperio y subjetividad comunista

Alejandro Moreano



Debate

76

**La mediatización de la política.
Comentarios al dossier de Íconos 16.**

Carlos Tutivén Román

82

Violencia, luto y política

Judith Butler

Diálogo

102

**Barroco y modernidad alternativa
Diálogo con Bolívar Echeverría**

Mauro Cerbino y José Antonio Figueroa

FLACSO - ECUADOR

Temas

116

**Etnicidad y exclusión en Ecuador:
una mirada a partir del censo de población de 2001**

Mauricio León Guzmán

133

¿Retornará “lo social”?

Eduardo Bustelo

Frontera

146

Argentina: de la crisis de 2001 a un nuevo presidente

Orlando D'Adamo, Virginia García Beaudoux y Gabriel Slavinsky

151

**Hacia una antropología de la
representación de los sistemas globales**

Marcelo Bonilla Urvina

162

Reseñas



La guerra USA-Irak

Imperio, guerra asimétrica y caos global¹

Alain Joxe, Sociólogo de la política, director de estudios en *l'École des Hautes Études en Sciences Sociales*, donde preside el Centro Interdisciplinario de Investigación sobre la paz y estudios estratégicos, es autor, entre otras, de *Le cycle de la dissuasion* (1945-1989), *Essai de stratégie critique* (La Découverte 1990), *Voyage aux sources de la guerre* (PUF 1991), *L'Amérique mercenaire. Guerre du Golfe et empire américain* (Stock 1992).

Hace un año publicó además *El imperio del caos (L'empire du chaos)*, La Découverte, París, 2002), de próxima aparición castellana en Paidós, un ensayo brillante sobre el porvenir del imperio estadounidense a través de una pregunta clave: ¿el poder de los Estados Unidos es sobre todo económico o, a fin de cuentas, esencialmente militar? El texto que se presenta a continuación retoma esta exploración y profundiza, a partir del análisis de las causas que empujaron al presidente Bush y su círculo a llevar a cabo —a pesar de la fuerte oposición de la opinión pública global— la guerra contra Irak, en el estudio de la estrategia política y de la configuración táctica de la dominación norteamericana a nivel global.

Su lectura de la situación es un intento de respuesta compleja que reposa en un específico marco conceptual, y que se apoya en la observación minuciosa de los discursos estratégicos norteamericanos, en particular desde la caída del

muro de Berlín, y de la articulación entre la lógica militar y económica en marcha por las administraciones de Clinton, y luego de Bush Jr.

Las ideas que el autor emite en este trabajo prolongan su tesis del *imperio del caos* como imagen para caracterizar la situación global contemporánea. La esencia del Estado y también del imperio, es decir, del Estado cuando busca la monarquía universal, ha sido hasta nuestros días la protección contra la guerra, protección que el soberano debe a sus ciudadanos y aliados, más aún si el soberano es el pueblo. El pensamiento de Hobbes y el de Clausewitz resultan claves para movilizar en la coyuntura esta reflexión. Pero los Estados Unidos, como imperio, se rehúsan a asumir funciones de protección frente a sus auxiliares, amigos unos, puramente sometidos otros (los más). “No buscan *conquistar* el mundo ni tomar, entonces, la responsabilidad de las sociedades sometidas. No son tanto la cabeza del imperio sino un sistema que se consagra únicamente a *regular el desorden* por medio de normas financieras y de expediciones militares, sin tener como proyecto permanecer en el terreno conquistado” (Joxe 2002:10). La regulación del caos opera por medio de coaliciones circunstanciales y por fuera del derecho internacional; en este ejercicio practican la represión de los síntomas de desesperación, según unas mismas normas hacia adentro y hacia fuera, sin enfrentar las causas que los producen creando así, en múltiples puntos del planeta, procesos de paz trunco y siempre bloqueados.

¹ Entrevista publicada en el semanario francés *Les Inrockuptibles*, París, abril 2003. Traducción: Cristina Marchán. Introducción y revisión: Franklin Ramírez Gallegos.



Tal es el escenario que vemos en diversas zonas del globo y que parece perfilarse para la era post-Sadam Hussein en Irak. Ahí la importancia del pensamiento de Joxe que, en el diálogo que sigue, da mayores pistas sobre el desenvolvimiento del conflicto.

Les Inrockuptibles: ¿Cómo explicar la determinación del presidente Bush de llevar a cabo esta guerra contra Saddam Hussein?

Alain Joxe: La buena conciencia del presidente Bush y de su equipo -Cheyney, Rumsfeld, Wolfowitz, Pearl- es la de un grupo fundamentalista religioso de derecha muy coherente y cohesionado desde hace mucho tiempo. En Europa nos cuesta creerlo pero sus representaciones fundamentales son teológicas. La “guerra sin fin del eje del Bien contra el eje del Mal”, proclamada por Bush, no tiene paz ya que no tiene

fin: no hay compromiso ni paz posibles entre Dios y el Diablo. Tampoco hay, para ellos, distinción entre una guerra defensiva, justa, y una guerra de agresión, injusta. Para esta visión del mundo, la guerra de Dios es justa, trátese de una defensa o de un ataque “pre-emptivo”². La guerra del diablo es injusta, trátese de un ataque o de una defensa. El advenimiento de esta guerra del Bien contra el Mal, en la tradición cristiana, está ligado al Apocalipsis y a la cercanía del fin del mundo. Pienso que es útil profundizar sobre esta cuestión, incluso en el plano teológico: esta representación maniquea, militarista y apocalíptica se edifica sobre una concepción estratégica que va en contra de toda la evolución del pensamiento político moderno desde la Ilustración. No habíamos visto un esfuerzo ideológico de extrema derecha tan impresionante desde el ascenso de la irracionalidad y del fanatismo de los fascismos de entre guerras. Este dualismo religioso fundamentalista siempre ha existido en Estados Unidos y reaparece regularmente como una dimensión moral o política minoritaria dentro del contexto norteamericano. Nunca ha desaparecido. Se mantuvo latente, sin mayor innovación, durante toda la guerra fría, gracias a la autodefinición de Stalin y luego de Khruchchev como enemigos declarados de los Estados Unidos y del capitalismo. Finalmente, con Kennedy y Kruchtchev, el militarismo escatológico³ fue sublimado a través de la carrera armamentista nuclear como una carrera económica y tecnológica que, a la vez, proclamaba la coexistencia pacífica. Pero al evitar la guerra nuclear, se evitó el fin del mundo. La Bestia estaba encadenada, pero no dejaba de estar presente. Todo este proceso se desmorona con el fin de la URSS.

2 Mientras la guerra preventiva hace alusión a la prevención o anticipación de un ataque cierto, inminente, una guerra pre-emptiva (“préemptive”) implica la prevención e impedimento de cualquier ataque futuro o potencial del enemigo (*nota del editor*).

3 En la teología cristiana, doctrina relativa al fin del mundo y la llegada de los nuevos tiempos (*n.e.*).

L.I.: ¿Pero no equivalía esto al triunfo del “Bien”?

A.J.: Bush padre lo creyó, sin dudas, por un momento. Pero de seguro no el equipo de Bush hijo, quienes ven el ciclo actual como la última batalla del Armagedón. En la tradición cristiana, en San Agustín por ejemplo, el combate entre el Bien y el Mal reemplaza el combate entre el Imperio y la Barbarie que prevalecía desde la cristianización del Imperio romano bajo Constantino. Ese combate, lógicamente, ya no era de carácter militar; los límites militares del imperio y la conquista territorial desaparecen, y el imperio debe conquistar el mundo mediante la cristianización así como a través de la “Buena Nueva” traducida a todos los idiomas.

San Agustín, contrariamente a Bush, compensa lo absoluto del combate espiritual con el relativismo del combate militar, que debe convertirse en puramente defensivo. Él otorga a los soldados y a la armada una función puramente defensiva: el soldado del Imperio cristiano debe ser como la piedra de un muro que se derrumba sobre el agresor que intenta franquearlo.

La globalización y la deslocalización del Imperio a través de la cristianización tendrían como equivalente estratégico contemporáneo a la globalización y deslocalización económica, financiera e informacional de la revolución electrónica. Clinton orquestó una versión optimista de esta conquista económica del mundo. Admitía que la historia humana, mundana, continuaba. Pero los evangelistas sectarios que piensan que el fin de los tiempos se aproxima, ven el fin del mundo en una posible crisis del capitalismo global electrónico. Y lo quieren defender con el hierro y el fuego en nombre de Dios.

No voy a buscar convencer a nadie de que asimilar la revolución electrónica, con sus aplicaciones financieras y militares, al reino del Espíritu Santo es una abominable herejía desde el punto de vista del mensaje de paz de Cristo ¡Eso no es asunto mío!

L.I.: ¿Sin los atentados del 11 de septiembre, usted piensa que hubiéramos asistido a una estrategia política de este tipo por parte de los norteamericanos?

A.J.: No me gusta mucho hacerme esa clase de preguntas. Ya es bastante complicado pensar en lo que pasa a partir de lo que pasa. Hay que revisar la historia en perspectiva de largo plazo: un enemigo principal, “malo” pero delimitado, la URSS, había estructurado el imaginario estratégico de los Estados Unidos durante el período 1917-1991, es decir setenta y cuatro años, con sólo cuatro años de alianza entre los EE.UU. y la URSS contra otro mal absoluto, Hitler. Un tercio de la historia de los Estados Unidos – es decir, toda la historia contemporánea – ha estado dominado por este código binario.

Volvemos a encontrar aquí el dualismo de tipo “Roma contra los Bárbaros” con la fortificación del *limes romano*⁴, es decir, el trazo de una frontera en el corazón de Europa entre la civilización occidental y la barbarie comunista, bajo el modelo del muro que los Romanos habían construido en el siglo II en el límite de su Imperio en Escocia, más allá del Rin y del Danubio, al sur del Maghreb y de Medio Oriente. Pero, de repente, la cortina de hierro desaparece en 1991 debido al derrumbe de la URSS. Desde entonces, los Estados Unidos están desorientados por la desaparición de este dualismo. El atentado islamista del 11 de septiembre de 2001 restaura este código binario y lo justifica en el espacio de la globalización y de modo religioso. El atentado aceleró así el programa de remilitarización del equipo Bush, aunque ya se perfilaba en su intento de “remodelar el mundo”.

El regreso al maniqueísmo belicoso es fomentado, hoy en día, por un grupo de ideólogos que surgió en la administración Reagan. Este grupo teme (por fuera de toda teología) que una globalización puramente económica pueda finalmente poner en peligro el liderazgo norteamericano. De hecho, este liderazgo se mantiene con crecientes déficit de la balanza comercial y de la balanza de pagos de los Estados Unidos; déficit compensados por los flujos de capitales en dólares, ya que el dólar es la moneda-refugio y la herramienta contable con la que se fijan los precios petroleros. El uso de la fuerza podría parecer necesario para mantener este mecanismo

4 En latín designa la frontera del imperio romano (*n.e.*).

predatorio consensual, en el caso de que se trabaje, por ejemplo, por una caída del dólar y una valorización del euro.

En una primera fase, el “bushismo” aprovechó de los crímenes de Al-Qaeda. Pero luego, debió utilizar cualquier pretexto en su intento por probar la colusión entre todos los actores del “Eje del Mal”: hoy Irak, mañana Corea del Norte o Irán, o algún régimen latinoamericano deben aparecer para avalar el despliegue de la absoluta superioridad militar, principal recurso del Imperio. El hecho de que la guerra contra Irak suceda a la guerra contra Al-Qaeda prueba que el proyecto de Bush es independiente del atentado terrorista del 11 de Septiembre. La legitimidad del maniqueísmo de Bush se asentó sobre la herida del atentado contra las Torres Gemelas; sin embargo, mientras más nos alejamos de este trauma, más criticados serán el unilateralismo y el espíritu de guerra absoluta, incluso en los Estados Unidos. Sobre todo, porque al ignorar la autoridad de la ONU, Washington queda “fuera de la ley” (*out-law*) en el sentido del derecho consuetudinario anglosajón (*common law*)...

L.J.: Luego de la caída del muro de Berlín, ¿cómo y por quién fue instaurada la nueva estrategia norteamericana? ¿Qué es la guerra asimétrica?

A.J.: El fin de la URSS marca el fin de la “estrategia nuclear” y coloca en el primer plano una modernidad militar que, ya años antes, había abandonado una supremacía basada en la explosión nuclear y la destrucción masiva. La estrategia militar contemporánea sustituye estos mecanismos por proyectiles teledirigidos de alta precisión y por la observación satelital y la definición del objetivo en tiempo real. La revolución electrónica se adueña de todo el campo estratégico -incluso de la estrategia económica-. La llegada de un control electrónico del tiempo ultracorto favorece, por una parte, la preeminencia creciente del sector financiero sobre el sector productivo y, por otra, la aceleración física de la especulación y la aparición de productos financieros derivados. Esto hace que lo esencial de la utilidad capitalista se asiente en la especulación

y ya no en la producción y la venta.

El retorno del militarismo activo se apoya en el perfeccionamiento de una nueva generación de armas de largo alcance y de alta precisión, fruto de la revolución electrónica, que parece prometer la victoria en todas las configuraciones imaginables, aún las más asimétricas.

La idea de una guerra asimétrica viene de la toma de conciencia de una posible vulnerabilidad, propia de la superioridad militar absoluta: los enemigos netamente inferiores pueden compensar con éxito esa inferioridad buscando tácticas y estrategias creativas.

A estos procedimientos indirectos de guerra de los débiles frente a los fuertes se los designa bajo el estereotipo de “terrorismo”. Si usamos este término para calificar al enemigo en general, eso nos permite sobre todo confundir el fin político (*Zweck*) con el objetivo militar (*Ziel*), muy bien distinguidos por Clausewitz en *De la guerra*.

El terrorismo no es un enemigo, es una táctica. Una verdadera estrategia contra-terrorista debería enfrentar las causas políticas y sociales del terrorismo. Sin embargo, para vencer las tácticas terroristas, que son crímenes de guerra, se recurre siempre a tácticas antiterroristas, que también son crímenes de guerra. Eso obliga a multiplicar las acciones preventivas o “pre-emptivas”, que toman por rehenes a las poblaciones civiles.

Esta concepción de la guerra asimétrica asimila, progresivamente, el modelo de combate contemporáneo a una forma de guerra suburbana generalizada en contra de los sectores sociales más desesperados. Es por eso que los militares norteamericanos (y los demás) están muy interesados por las tácticas, los equipamientos y el software que el ejército israelí maneja en el campo de batalla micro-suburbano de Palestina, ocupada desde 1967 en desacato de todas las resoluciones de la ONU. La opinión pública no se percató que se trata de una generalización de crímenes de guerra sin objetivo político final, excepto la sistemática violación del derecho internacional a través del avasallamiento de la población palestina.

Desde la salida de Clinton y la rehabilitación del combate terrestre en la guerra de Afganistán, la estrategia imperial de Estados Unidos



El regreso al maniqueísmo belicoso es fomentado por un grupo que teme que una globalización puramente económica pueda poner en peligro el liderazgo norteamericano. No habíamos visto un esfuerzo ideológico de extrema derecha tan impresionante desde el ascenso de la irracionalidad y el fanatismo de los fascismos de entre guerras.

se convierte en un conglomerado de tácticas policíacas refinadas y de expediciones militares modernas, fundadas en la supremacía de la aviación de bombardeo preciso y de los *marines* (tropas de choque aeroterrestres con medios aeronavales autónomos).

El ritual de las columnas de tanques que desfilan en las carreteras rurales ha sido sustituido por el tanque urbano -garita blindada y móvil- afincado en los cruces de las vías urbanas, aplastando los autos y destrozando edificios a cañonazos. El problema es hacer llegar rápidamente este tanque a la ciudad, lo que constituye la principal dificultad cuando se trata de ir desde Kuwait hacia el campo de batalla de Bagdad-centro, o de Turquía a los pozos petroleros kurdos. De ahí el interés táctico (desde el punto de vista teórico y no teológico) de la guerra de Irak como prueba de fuerza muy distinta a la de la primera guerra del Golfo.

L.I.: ¿Cómo se articulan las dimensiones económicas y militares de la dominación norteamericana?

A.J.: Esto es todavía un enigma ya que tal articulación está en plena mutación. Los lugares clásicos de la articulación son por, ejemplo, “el gasto militar”, “la represión de los movimientos sociales” o “la modernización de los ejércitos locales” y aliados en los países con inversiones imperiales”. Pero también hay que mencionar, del lado estadounidense, el keynesianismo militar como política de redistribución por medio de la creación de empleos y de gasto público, como modo de evitar el recurso de la fuerza para reprimir a los movimientos populares. En la globalización, estos debates parecerían obsoletos por la pérdida de soberanía de los Estados. En el pasado, la función de los Estados era definir localmente métodos de regulación política de los polos económi-

cos y militares del poder. Hoy en día, el imperio norteamericano busca más bien “regular” la destrucción de aquellas instancias locales.

De hecho, nos encontramos en un punto cuspide: por un lado, la preeminencia clintoniana de los criterios económicos globales para modelar el mundo político-militar y, por el otro lado, la preeminencia bushista de los criterios militares globales para modelar el mundo socio-económico. Existe, fuera de los Estados Unidos, otra disyuntiva, la que opone el modelo europeo -que hace prevalecer los criterios económicos y militares regionales- al modelo norteamericano -que defiende los criterios globales, modulados por los Estados Unidos-.

El objetivo de otros polos del poder -como China, Japón o Rusia- sería más bien que surjan varias instancias de regulación autónoma, que actúen todas en una escala regional superior a la de los Estados-Nación, pero más flexibles que la dominación unipolar y religiosa de los Estados Unidos.

La coherencia de la escuela europea, a pesar de las incertidumbres diplomáticas actuales, es muy sólida. Los Estados Unidos buscan dismantlarla al enfrentar a Francia y a Alemania, pero las opiniones públicas no le siguen el juego. Esto se debe a que Europa se mantiene unida como zona económica, que crece por cooptación de vecindad y renunciación a la guerra entre Estados, y se estabiliza por la preeminencia de una cierta política social. La seguridad regional cimentada en confederaciones (y no la seguridad “global” de tipo imperial) parece responder a las preocupaciones concretas de buena vecindad entre sociedades reales y al mantenimiento de la paz por medio de nuevos sistemas de regulación. Me parece que con o sin guerra en Irak esta configuración del mundo se impondrá sólo si pensamos seriamente, en Europa

y más allá, en re-regular el sistema de mercado por otro medio que no sea la guerra incesante.

L.I.: ¿Cuál es el peso del petróleo?

A.J.: Ciertamente es muy importante, pero no podemos olvidarnos jamás que el petróleo no es un simple producto minero que los imperios predatorios intentan controlar. Es también energía en stock para una producción maleable (flexible) y como su precio es bastante arbitrario y barato desde la fase de producción, se trata también de una moneda global más que de un producto primario. La idea de que la guerra de Irak se explica sólo por la cuestión de los yacimientos iraquíes me parece engañosa. La acumulación de criterios económicos, políticos, estratégicos y teológicos en la zona otorgan una cierta importancia al petróleo iraquí, de igual manera que el petróleo iraquí otorga cierta importancia al Islam, a la demostración geopolítica de los Estados Unidos, etc.

L.I.: En su libro *Viaje a las fuentes de la guerra* (*Voyage aux sources de la guerre*, PUE, 1991), usted enumera las etapas estratégicas de los imperios, desde su nacimiento hasta su caída. ¿En qué se diferencia el imperio norteamericano de los que le han precedido?

A.J.: No se diferencia de los otros imperios en cuanto los problemas imperiales parecen pasar a través de la historia universal por etapas estratégicas estereotipadas. El Imperio romano obsesiona la memoria de historiadores y estrategas hasta Napoleón I. Este paradigma está siempre vigente como lo demuestra la proliferación de águilas heráldicas, monocefálicas y bicefálicas en los estandartes de los Estados, incluso en países de menor preeminencia como Serbia, Albania, Polonia, Alemania o España.

El imperio norteamericano, con su águila romana, enarbola de manera clásica las flechas de la guerra y el racimo de olivos de la paz. Sin embargo, a partir de Clinton, es el primer imperio que intenta pasar del imperio universal delimitado por los Bárbaros, u otros imperios rivales, a un verdadero imperio universal, es decir, un imperio sin límites espaciales. Aún si los

Estados Unidos permanecen identificables geográficamente como el Estado “cabeza del imperio”, su imperio no está definido por ese espacio, sino por el espacio global abstracto, económico y financiero, que ellos crean en el proceso mismo de deslocalización generalizada de capitales y de empresas.

Los imperios coloniales europeos, aún si eran mercantilistas y predatorios, llevaban a cabo conquistas territoriales reales, por no decir campesinas, de espíritu romano. El imperio norteamericano no actúa así. Es un sistema de conquista virtual ilimitada. Esto crea un espacio de dominación que nunca está consolidado ni pacificado. El sistema vive con el miedo de perder un poder que no posee forma visible ni reproducible. Con Clinton surge ya la conciencia de la pérdida relativa de dominación económica. Pero Clinton al menos en un principio, cree aún en el crecimiento espacializado del imperio, crecimiento basado en la extensión de las zonas donde reina la economía de mercado hasta Rusia y China. Tiene fe en que esta marcha hacia delante sea también la de la democracia.

En la etapa actual, la administración Bush, con sus fantasías de victoria absoluta y perpetua sobre el Mal, busca devolver al imperio una dimensión “espacial”. No se trata de una espacialidad de la producción y del consumo, del crecimiento y de la vida, sino una espacialidad de la destrucción puntual y de la amenaza de muerte, una espacialidad del control panóptico como medio de comando (por la ubicuidad de los blancos posibles de una acción militar), una espacialidad de la represión por proyección de la dominación aerosatelital.

El espacio donde se entre-cruzan los satélites y los cohetes se convierte en el equivalente del mar del imperio británico: un *no man's land* donde circula el poder militar imperial que baña a todas las tierras emergidas. La diferencia es que el dominio del espacio permite englobar el conjunto de tierras y no sólo controlar sus costas.

La proyección ejemplar sobre Asia central había comenzado bajo Clinton con la instauración del régimen aliado de los talibanes apoyado por Pakistán (sus servicios especiales y sus narco-recursos) y por el pacto “OTAN-Rusia”.

Con Bush, la segunda expedición, anti talibán esta vez, es una inversión de las alianzas ante la traición talibán con el islamismo, pero parece más que nada una prueba de fuerza que no desemboca aún en nuevas alianzas políticas. De ahí la importancia de una “victoria sobre Irak”, lo cual no es en absoluto una certeza política.

L.I.: Usted habla de caos para calificar a la situación internacional contemporánea, pero aún así intenta describir una morfología de la situación ¿Cuál sería?

A.J.: El caos surge de las desregulaciones a las que son sometidas las sociedades políticas concretas, que antes eran fragmentos del orden mundial, sub-sistemas locales. Sin embargo, hay discusiones sobre el tipo de caos global deseable. Estos debates son tradicionales, en la medida en que ya pudieron existir en imperios que no eran verdaderamente universales. Al principio, por ejemplo, Clinton concibe el Imperio como un orden que progresa alentando la economía de mercado y la democracia y arrinconando a la economía basada en el comando despótico en los “espacios bárbaros”. Sin embargo, la ayuda a la fundación del régimen talibán y los lazos creados con las repúblicas ex-soviéticas corresponden más bien a la ocupación de aquello que Samuel Huntington, teórico del choque de civilizaciones, definió como el nudo de la triple frontera, el punto de contacto entre las tres principales civilizaciones-religiones: los tao-confucianistas, el Islam y el Cristianismo.

La forma del caos en la escala macro-estratégica depende entonces de la definición que hace el Imperio del enemigo estratégico o de la amenaza. Pero la forma del caos en la escala micro-táctica refleja la generalización del esquema “fractal” de la guerra suburbana, de la que ya hablé a propósito de Palestina.

L.I.: ¿Por qué el terrorismo no es un adversario, sino más bien una forma de violencia política?

A.J.: Ese modo de acción que llamamos “terrorismo” puede reflejar intereses y escalas de solidaridad o de soberanía muy distintas. Encerrar-

las todas bajo el mismo lema estereotipado, o en la categoría teológica del “Eje del Mal”, se opone a la búsqueda de soluciones políticas de los conflictos que desembocan en el terrorismo.

Es cierto que el hecho de “poner en la mira” y secuestrar a una población civil para reducirla a la obediencia y a la sumisión es una práctica condenada por el derecho internacional como crimen de guerra o crimen contra la humanidad. Pero el terrorismo del débil es siempre una respuesta al terrorismo del fuerte. Es por lo tanto imposible condenar al uno sin denunciar al otro. No podemos aceptar que el uno sea el campo del Bien y el otro el del Mal.

Para salir de este callejón sin salida y reencontrar la paz, es necesario enfrentar las causas sociales y políticas y no sólo los efectos. En el microcosmos Israel-Palestina ya no hay ninguna verdadera búsqueda de la paz, por el apoyo incondicional de la derecha norteamericana a la derecha israelí. Esta complicidad de los extremos conduce a la destrucción mutua del Estado israelí y de Palestina.

Los dos campos, el de Bush y el de Al-Qaeda, que pretenden nada más que ser los instrumentos de la justicia divina, deben ser ambos marginados, y mientras más pronto mejor si queremos evitar una guerra terrorista asimétrica generalizada que corre el riesgo de extenderse al mundo entero como respuesta a la guerra de Irak y al aplastamiento incesante de los pueblos árabes.

La política francesa (y alemana), al oponerse al modelo norteamericano actual, no es sólo una política de principios. Es también una política de seguridad que se funda en el concepto de buena vecindad. Al defender la paz junto a otros países europeos y al oponerse a los intentos de humillar a los pueblos árabes y musulmanes, esta política trata también de garantizar la seguridad del territorio francés frente al “populismo de la desesperación” que la guerra norteamericana podría provocar por todas partes.

Se dice que, cuando De Gaulle anunció la salida de Francia de la OTAN -en parte para protestar contra los bombardeos norteamericanos sobre Hanoi-, habría declarado: “No estamos obligados a seguir a Estados Unidos en todas las aventuras en las que nos quieren meter”.